

CINCUENTA AÑOS DE LA FABRICA DE PAPEL LORETO

DOS DISCURSOS

DE

CARLOS LINGA Y HANS LENZ

Editorial Cvltvra, T. G., S. A.

México, 1957



CINCUENTA AÑOS
DE LA FABRICA DE
PAPEL LORETO

DOS DISCURSOS

DE

CARLOS LINGA Y HANS LENZ

Editorial Cvltvra, T. G., S. A.

México, 1957

CINCUENTA AÑOS
DE LA FABRICA DE
PAPEL LORRETO

INDICACIONES

CONSEJO DE ADMINISTRACION

SEÑOR DON J. G. GARCIA

SEÑOR DON J. G. GARCIA

La editorial CVLTVRA recoge en este opúsculo los discursos que los señores Carlos Linga y Hans Lenz dijera en homenaje a la memoria de don Alberto Lenz, con motivo de celebrarse el cincuentenario de la empresa papelera que él fundara. Uno de los mayores estímulos de la editorial CVLTVRA se finca en la obra y la personalidad del señor Lenz: él dejó en quienes lo trataron, y en cuantos hechos intervino, un ejemplo imperecedero de tesón en el trabajo, de bondad, de inteligencia y cordialidad en el trato con sus amigos y en sus relaciones con sus subordinados.

Muy estrecha y antigua es la vinculación de nuestra casa y de nuestro director, don Rafael Loera y Chávez, con la empresa del señor Alberto Lenz. Y es digno de destacarse que entre los actuales directores de las fábricas Loreto y Peña Pobre, señores Alberto, Hans y Walter Lenz, y don Rafael y sus hijos, señores Fernando y Porfirio, se cultivan el afecto y la comprensión que han sido norma de las relaciones entre ambas negociaciones.

Como se verá enseguida, el primer discurso contiene datos históricos y anecdóticos de las actividades de don Alberto Lenz, que diseñan con nitidez su interesante personalidad. El segundo discurso es una erudita evocación de la importancia histórica del papel, desde sus más remotos antecedentes mundiales y mexicanos. Está demás insistir en la emotividad y el valor documental que encierran estas dos piezas oratorias.

Queden estas páginas como testimonio de la vieja cordialidad, siempre renovada, entre nuestras casas y entre quienes en ellas laboramos.

Reproducimos dos fotografías a color, una de don Alberto Lenz, y otra de un grupo de sus herederos.

EDITORIAL CULTURA, T. G., S. A.



Sr. don Alberto Lenz

DISCURSO DE CARLOS LINGA

Señoras de Lenz, don Alberto, Hans y Walter.
Señoras y señores:

EN el año de 1903 se fundó, en el puerto de Mazatlán, la Unión Azucarera de Sinaloa, precursora que fue de todas las organizaciones posteriores, hasta llegar, a través de la Compañía Estabilizadora, en 1931, y Azúcar, S. A., en 1932, a la hoy llamada Unión de Productores de Azúcar, en 1938.

En la costa del Pacífico se producía, principalmente, azúcar cúbica, pero también algunas cantidades de marqueta, como en Jalisco y otros Estados. En Morelos se fabricaba todavía el azúcar llamada de pilón.

Para realzar su blancura, los pilones y marquetas se envolvían en un papel grueso, de color azul, el que

se manufacturaba en la fábrica "El Batán", de Guadalajara.

Esos pilones y marquetas, al llegar al cajón del mostrador, en la tienda del español de la esquina, eran cortados con una hacha para despedazarlos. Según la posibilidad económica del cliente, se le vendían pedazos desde a un centavo, cuartilla o un real.

Se producían en esa época en México 130,000 toneladas de azúcar, o sea, a razón de 10 kilogramos por cabeza. Hoy se consumen, aproximadamente, 30 kilogramos por cada uno de los 30 millones de habitantes del País.

Pues bien, resultaba que ese papel azul le gustaba a las ratas, quienes se lo comían dejando pelones las marquetas y pilones. A mí, como Gerente de dicha Unión, me tocaba remediar ese mal.

En 1906, fecha en que vine a esta Capital, conocí a don Alberto Lenz, a quien le planteé el problema, y después de examinar las muestras que le llevé, descubrió que contenían un ingrediente, si mal no recuerdo, una sustancia albuminosa. Desde entonces, en 1907, la Fábrica de Loreto nos surtía de un papel azul, el que ya no le gustaba a las ratas.

De ahí en adelante, hasta su muerte, cultivé su amistad y, por consiguiente, me siento capacitado para decir algunas palabras sobre su vida y su labor:

HOMENAJE A DON ALBERTO LENZ

Entre los industriales que han creado empresas importantes, no sólo para su propio provecho, sino en beneficio de México, se destaca la recia personalidad de don Alberto Lenz, fundador que fue de la fábrica de papel de Loreto y de la primera fábrica de celulosa establecida en la República de México.

Como homenaje a su memoria, relataré a continuación algunos datos biográficos y rasgos de su carácter y de la vida de este hombre extraordinario, huérfano de padre, que supo forjar en casi 60 años de intensa labor empresas de tal magnitud, que no sólo honran a su fundador, sino también a este país, que le brindó amplia hospitalidad.

A la corta edad de 15 años, su madre lo envió a Suiza con el fin de que aprendiera el oficio de papelerero en la fábrica de papel de Serrieres. Allí inició su larga y fructífera labor dentro de la industria papelerera, que habría de traerlo a México, de donde no volviera más a su tierra natal, excepto en cortas visitas a sus familiares.

Principió a laborar en la oficina, y, siendo pequeño de estatura, fue necesario hacerle una silla apropiada para que pudiese escribir en los altos escritorios que antaño se usaban. Contaba don Alberto que sólo una vez recordaba haber llegado tarde a su trabajo, y que entonces su jefe le dijo: "¡Lenz; son

las 6 horas y 5 minutos!", y que nunca jamás volvió a repetirse el caso.

Pasó después al departamento de fabricación, donde, en el transcurso de pocos años, debido a su empeño, ascendió a contraamaestre. Siete fueron los años que pasó en Serrieres.

Poco tiempo después se le encomendó poner en marcha una máquina de papel recién montada en Milán, Italia, y, a su regreso de ese país, de paso por Suiza, su antiguo amigo y jefe, don Alberto Woern, fundador de la fábrica de papel Peña Pobre, lo invitó a acompañarlo a México a colaborar en la construcción de la fábrica de papel de San Rafael.

Aceptó don Alberto la invitación y emprendió el viaje a México. Pisó tierra en Veracruz el 27 de mayo de 1890, a la edad de 23 años.

En 1899 o 1900 le fue encomendada la construcción de la fábrica de papel Progreso Industrial, dando principio a la edificación tan pronto como regresó de Alemania, a donde fue para adquirir el equipo necesario. Su habitación era un cuarto de madera anexo a la bodega.

Progreso inició sus actividades por los años de 1901 y 1902, y en poco tiempo, por la buena calidad de sus papeles, logró conquistarse amplio mercado.

En 1905 decidió adquirir la Fábrica de Loreto,

que, a principios de ese año, todavía estaba dedicada a la industria textil y había sufrido un incendio de funestas consecuencias.

Don Alberto había hecho algunos ahorros y gozaba, además, de buen crédito. Se trataba, sin embargo, de lanzarse a una aventura y de abandonar una posición firme para enfrentarse a las contingencias de un futuro incierto.

Algunos de los obreros que habían trabajado con él en San Rafael y en Progreso Industrial, le siguieron a Loreto.

Principió a trabajar la Fábrica de Loreto con una máquina produciendo papel celulosa. Durísimos fueron los años siguientes, puesto que había que afrontarse a la competencia, y siendo limitados sus recursos económicos, se hizo indispensable imponer un régimen de rigurosa economía.

Transcurrió algún tiempo; el país se encontraba en efervescencia política y, en 1914, que se desató la primera Guerra Mundial, se dificultó conseguir las materias primas, las telas y los fieltros para mantener en producción la fábrica; pero don Alberto no se desanimó y en una bodega contigua se instaló un telar de mano en el que se tejían los fieltros que, al utilizarse en la máquina, se enjutaban y se hacían progresivamente más angostos y más largos.

Como el conflicto en Europa parecía prolongarse y amenazaba la escasez de materia prima, en 1918 instaló una planta de pasta madera, construida en México, que funcionó hasta 1924. Una vez instalada la planta de pasta madera, surgió otro problema: el de abastecimiento de madera; y hubo necesidad de alquilar el bosque de la Venta, el que más adelante adquirió por compra.

Inmediatamente dio principio al establecimiento del vivero de Tres Cruces, que años después fue ampliado por el de Peña Pobre, el de la Venta y el Alberto Lenz. Tan pronto como obtuvo suficiente planta, procedió a efectuar la primera reforestación artificial y sistemática que con fines industriales se hizo en México.

Sus esfuerzos de extraordinaria previsión social le valieron diversas distinciones del Gobierno de México, y tanto hizo don Alberto por la causa forestal, que mereció ser considerado como apóstol del árbol junto con su amigo, el Ing. Miguel A. de Quevedo, y así lo reconoció el Gobierno de México, puesto que, en dos ocasiones, le fue conferida la condecoración "Al Mérito Forestal".

Desde la adquisición del predio de la Venta hasta la muerte de don Alberto, se plantaron ahí tres millones de árboles y posteriormente, hasta la fecha, anualmente, un millón de plantas.

En 1924 había adquirido la fábrica de Peña Pobre. En 1928 se aumentó en esa fábrica una máquina de papel, y en 1935, otra, modernizando, a la vez, todas sus instalaciones y edificios.

Treinta años habían transcurrido desde que don Alberto dejó Progreso Industrial para trasladarse a las ruinas de Loreto. El crecimiento de las fábricas de Loreto y Peña Pobre fue lento, pero sólido. Cuando, al principio de la II Guerra Mundial, se experimentó nuevamente una intensa escasez de materia prima, tomó la determinación de construir una fábrica de celulosa en terrenos de Peña Pobre, y, habiendo principiado a edificarla en 1940, en 1942 se logró producir la primera celulosa al sulfato en toda la América Latina.

Con la fábrica de celulosa, cuando menos, se tenía asegurada una parte del abastecimiento de materia prima, así como la constante preservación de la fuente de trabajo y el pan de quienes en ella laboraban. El desarrollo del consumo después de terminar la última guerra, le hizo concebir el plan de instalar otra máquina de papel en Loreto, y este es el origen de la modernísima planta número 2, que principió a funcionar en octubre de 1950, exactamente 3 años después de que se inició su construcción.

Para concluir cabe mencionar que es conocida hasta fuera de la frontera de nuestro México la labor

ejemplar de este hombre extraordinario al haber cuidado como un padre del bienestar de sus obreros, estableciendo habitaciones para sus trabajadores, modernos baños higiénicos, 2 escuelas: una en Loreto y otra en la Venta y campos de deporte.

Nació don Alberto en Wehr, pequeño poblado en Alemania en febrero de 1867 y murió en México en diciembre de 1951, después de 84 años de tan fructífera vida. Q. P. D.



Sr. Alberto Lenz, Sra. Alice Lenz de Loeffler, Sr. Hans Lenz, Sra. Elisabeth
Lenz de Beick y Sr. Walter Lenz

DISCURSO DE HANS LENZ

Señoras y señores:

QUIERO dar a ustedes las gracias por habernos concedido el favor de su presencia. Nos acompañan personas dedicadas a muy diversas actividades y desearía que lo que voy a decir no interese a un pequeño grupo y produzca tedio al sector más numeroso de los invitados; pero siendo el aniversario de una fábrica de papel lo que se celebra, no hay más remedio que aludir a esa actividad.

Voy a hablar de algo íntimamente ligado con la vida cotidiana: el hombre hace uso de muchos inventos, adelantos y conquistas que la técnica le proporciona, sin detenerse a meditar acerca de su origen. El objeto que llamamos "papel", nos parece una cosa muy natural debido a que no podemos separarlo de nosotros y a que nuestra vista está acostumbrada a con-

templarlo. Es cierto que no tiene vida, pero las líneas que en él se trazan nos hablan y nos narran los hechos más trascendentales de la historia y constituyen el más adecuado vehículo para el desarrollo de la cultura.

Quizá fue sólo por instinto, pero el hombre de la época precultural se preocupó profundamente por asentar lo pensado y lo vivido. Y eso, que a lo mejor hizo para sí, vino a ser valiosa herencia de las generaciones posteriores. ¿Pero de qué material podía servirse?

Aquello que ahora nos parece concebible, primero tuvo que ser inventado y creado. Por ello los acantilados, los monolitos y los muros de las cuevas son lo primero que recoge los signos de la más remota antigüedad.

El desarrollo histórico de los medios de expresión escrita, presenta un muy interesante aspecto de la evolución cultural, y aunque abarca un lapso de cerca de cinco mil años, resulta corto si se atiende a la edad de la tierra y a la existencia del hombre sobre nuestro planeta.

En la esfera cultural china, la escritura se practicó en tablillas, rayando los signos por medio de punteros. De estos manuscritos en madera pocos son los que se conservan, ya que en el año 213 Antes de Cris-

to un emperador chino los mandó destruir por razones políticas. También los romanos usaron tablillas cubiertas de cera y todavía en 1427 se grabaron en ellas los sermones de San Bernardo de Siena.

Durante los siglos siguientes y hasta la invención del papel, se utilizó la seda para escribir. En la esfera cultural asirio-babilónica se empleaban unas placas de barro, en las cuales, antes de que endurecieran, se dibujaban los signos.

Junto con los portadores de la escritura que antes he mencionado, aparecen otros dos: el pergamino y el papiro, que muchos siglos estuvieron en uso. El segundo de ellos es el material que los antiguos egipcios utilizaron y de él heredó su nombre el papel; se introdujo en Grecia en el siglo VII antes de nuestra era; en papiros está consignada la antigua literatura egipcia y la biblioteca de Alejandría abrigaba cientos de miles de escritos en hojas enrolladas que llegaban a los veinte o más metros de largo. Más tarde, las dimensiones de las hojas de papiro fueron normalizadas y su venta quedó sujeta a control en ciertas temporadas en que la cosecha de la planta menguaba. Como el papiro alcanzaba entonces una singular importancia, se implantaron ciertas disposiciones que no difieren gran cosa de las que ahora se acostumbra aplicar.

El gran competidor del papiro fue el pergamino,

que debe su nombre a Pérgamo, ciudad cuya biblioteca contenía un enorme tesoro en obras manuscritas en rollos. El prestigio de esa biblioteca era tan grande como el de la de Alejandría, por lo que un rey egipcio, para estorbar el desarrollo de la de Pérgamo, prohibió la exportación de papiro en el siglo II antes de Cristo.

El pergamino fue desplazado poco a poco por el papel, pero Abraham a Santa Clara afirma que todavía en el siglo XVII existió una fuerte competencia entre los dos materiales y que casi nunca era el papel quien salía mejor librado.

Sin embargo, los desarrollos tecnológicos han llevado al papel a una primacía que ya nadie le discute y que ha influido decisivamente en la formación de los hombres de nuestra época y en el ritmo de la vida moderna.

Una crónica antigua refiere que cada año solía reunirse una gran muchedumbre ante la estatua que en la provincia de Honan se había erigido a T'sai Lun, el hombre que el año 105 de la Era Cristiana inventara el papel. Sólo a él le debe nuestra cultura la fortuna de poseer ese material, a pesar de que los chinos guardaron celosamente el secreto durante siglos.

Singular y prodigiosa es la ruta que el papel sigue para introducirse en los diversos pueblos, pues

transcurrieron largos años hasta que en el de 751 otra esfera cultural, la del Samarkanda Arábigo, obtuvo el conocimiento de su elaboración mediante unos prisioneros chinos.

Es de admirar cuán pronto los árabes comprendieron la importancia del nuevo material, puesto que pocos años después ya se le encuentra en Bagdad, donde adquirió especial apogeo en la esfera árabe-morisca. La palabra "resma", que aún hoy se emplea para designar una cantidad de 500 hojas de papel, tiene su origen en el arábigo "rizma". A partir de entonces se observa que el desarrollo de la industria del papel principia a depender de las materias primas que localmente podían conseguirse. Mientras los chinos lo hacían de la corteza de la mora, en Samarkanda, por falta de ella, se producía con cáñamo y lino.

En los siglos subsecuentes, el papel emprende una lenta marcha hacia Occidente y sigue dos caminos: de Egipto a Sicilia y de Marruecos al sur de España. Fue en Xátiva, España, donde, por el año de 1150, se produjo el papel por primera vez en Europa. La aparición del nuevo material permitió que muchas de las obras que poseía la gran biblioteca de Córdoba fueran traducidas del griego al árabe y, más adelante, del árabe al latín. Hasta entonces fue en realidad cuando se difundieron las obras de Aristóteles, Hipócrates y otros famosos autores. En Italia, Francia,

Alemania y demás países europeos, el arte de fabricar papel no se practicó sino pasados varios siglos.

El uso de signos móviles por medio de la imprenta que Gutenberg inventara en el siglo XV, dio un enorme impulso a la industria y, al finalizar el siglo XVIII, el idealismo, que se hallaba en pleno apogeo, viene a ser desplazado por una nueva era, que es la de la técnica, y la cual encuentra su origen en las ciencias naturales aplicadas y en un sinnúmero de invenciones que habían surgido. Así es como se abrieron a la industria caminos completamente nuevos y oportunidades insospechadas. Louis Robert, en 1799, inventa la máquina para hacer papel, cuyo principio de operación, mil veces mejorado, es básico aun hoy en día. Los materiales que se usaban, sobre todo el trapo, ya no podían adquirirse en cantidad ilimitada, por lo que se procuró encontrar otros, que, por su abundancia, garantizaran el desarrollo de la importante industria.

Hasta 1844, la madera se incorpora a la industria del papel. Primero se le utiliza para hacer pasta mecánica. Luego, para elaborar celulosa pura. Con ello se da un gran paso hacia adelante y se consigue un franco desenvolvimiento porque las condiciones son propicias para fabricar papel a precio reducido y en grandes cantidades que permitieran satisfacer la creciente demanda para fines culturales, industriales y comerciales.

El desarrollo siguió un ritmo curioso: 600 años se necesitaron para que el invento de T'sai Lun llegara a los árabes; 600 años más, para que el papel se hiciera en Europa; y de nuevo, otros 600 años, para darle al papel su forma actual.

En México, las antiguas civilizaciones Maya y Azteca, elaboraban un material similar al papel, de extenso uso religioso y cierta significación espiritual. Fue objeto de tributos y servía para la confección de libros en los que, por medio de la escritura figurativa y simbólica, se registraban todos los acontecimientos de importancia. Tales libros llamaron la atención de los españoles cuando los vieron por primera vez en Cempoallan el año de 1520. También les admiró el papel que se vendía en la plaza mayor de Tlatelolco, según el relato de Bernal Díaz del Castillo.

Al introducirse el papel europeo, se fue perdiendo el uso del que se hacía en México desde tiempos remotos, pero en algunas regiones del país subsiste aún esa industria en su forma y para sus aplicaciones primitivas.

Poco impulso recibió aquí dicha industria y no fue sino hasta 1575 cuando, por real cédula, se concedió a Hernán Sánchez de Muñón y Juan Cornejo el privilegio de fabricar papel en la Nueva España, pero no se sabe si se hizo uso de tal prerrogativa. En

1580 había en el pueblo de Culhuacán un "molino y batán en que se haze" papel; y en 1630 o antes existió un molino de papel cerca del pueblo de la Magdalena, D. F., perteneciente a Hernando de Porras Aparicio.

Todos esos molinos no se desarrollaron; su existencia fue precaria y desaparecieron. La industria debe haber decaído mucho, pues el Barón de Humboldt afirma que en 1803 no había fábricas de papel dignas de mencionarse. Quizá el origen de esto se encuentra en una real cédula de 28 de diciembre de 1638, firmada por Felipe IV, en la que se disponía que no se hiciera escrito alguno a no ser que se utilizara papel sellado, al cual se le asignó precio fijo para cada uno de sus pliegos. Además, por algún tiempo el Estado monopolizó el papel para elaborar cigarrillos.

Con la consumación de la Independencia principia el desarrollo efectivo de la industria y, en el desenvolvimiento subsecuente que más o menos abarca un siglo, se notan grandes adelantos aparejados al progreso y transformación que caracterizan al México actual.

La Fábrica de Loreto, que dentro de ese desarrollo desempeña una parte muy modesta, ya era molino de papel allá por el año de 1760, cuando el señor Canónigo José Miguel Sánchez Navarro la adquirió; en

1832, el Lic. José Manuel Zozaya le dio nuevo impulso y la Constitución Federativa de 1824 se imprimió en papel salido de ella. La Fábrica pasó por muchas manos, y en 1882 se le encuentra transformada en industria de hilados y tejidos. En 1905, después de un incendio que destruyó gran parte de la maquinaria, instalaciones y edificios, fue comprada por don Alberto Lenz, quien procedió a reinstalar una vez más la fábrica de papel que hoy existe y a cuya actual etapa de organización se refiere el quincuagésimo aniversario que estamos celebrando.

No me corresponde analizar la obra del señor Lenz ni juzgar sobre la parte que desempeñó dentro del desarrollo de la industria del papel en México, pero creo que el advenimiento de un suceso histórico no puede ser descrito sin aludir a personas, lugar y tiempo. Los acontecimientos históricos tienen un rasgo común: la acción humana, que es lo que manifiesta la voluntad del hombre.

En muchas ocasiones me he preguntado cuáles pueden ser los motivos que impulsan a alcanzar nuevas metas o propósitos, sobre todo cuando ya se es de edad avanzada y poco o nada material puede esperarse del futuro. Es probable que el aliciente que impulsa al individuo sea el sentir alguna inquietud, porque absolutamente complacido con el estado de sus asuntos, no manifestaría ni deseos ni aspiraciones.

Ve la utilidad en lo duradero de las cosas, pero le satisface lo que considera de mayor valor, o sea, el mérito intrínseco de la meta que pretende alcanzar, aunque no se refiera a cosas y, por tanto, sea incorpórea. Esa característica está dentro de nosotros y motiva la reacción del hombre en las condiciones que prevalecen en un medio dado. No se expresa en palabras ni en doctrinas, sino que refleja en la conducta. La acción siempre se dirige hacia el futuro, para tratar de producir situaciones más gratas, o bien para ajustarse al cambio que el tiempo y los acontecimientos aconsejan. La incertidumbre ya se desprende del mero origen de la acción que impulsa a crear.

Crear es la esencia de la vida y las actividades del hombre creador no son ni labor ni genio, sino sólo medios que no existen dentro de lo material porque no se trata de cosas, pero que, en lo espiritual, contribuyen al logro de un propósito o una meta. Para el creador no hay ni ociosidad ni holganza, sólo treguas temporales que aligeran los contratiempos. Es una agonía y un tormento; es lucha continua contra obstáculos internos y externos, pero la fe y la constancia los vencen. El incentivo no radica en el deseo de obtener un resultado, sino en la satisfacción de producirlo.

5 de abril de 1957.

HANS LENZ.

